

LAS EXCAVACIONES DEL CONDE BYRON KHUN DE PROROK EN CARTAGO (1920-1925) II: LA FORMACIÓN DEL COMITÉ FRANCO-AMERICANO Y LOS TRABAJOS ARQUEOLÓGICOS EN EL TOFET

The Excavations of Count Byron Khun de Prorok in Carthage (1920-1925) II: The formation of the Franco-American Committee and the archaeological works in the Tophet

JORGE GARCÍA SÁNCHEZ*

Resumen: Este segundo trabajo relativo a las actividades arqueológicas del conde Byron Khun de Prorok en Cartago concierne principalmente a sus excavaciones en el tofet o santuario de Tanit. Poco tiempo después de su descubrimiento en 1921, Prorok se hallaba involucrado en la recuperación del recinto, caracterizado por ser el lugar de enterramiento de miles de sujetos de edad infantil en urnas cinerarias. A fin de llevar a cabo una excavación completamente científica, Prorok incitó la fundación de un Comité internacional, gracias al cual fue posible una intervención arqueológica norteamericana en colaboración con un grupo de estudiosos franceses en 1925. Aquí se expondrán las teorías que desde el principio surgieron acerca de la funcionalidad del tofet, así como el estado de la cuestión actual en relación con el sacrificio infantil.

Palabras clave: Byron Khun de Prorok, Cartago, Tofet, sacrificios infantiles, Santuario de Tanit, Comité franco-americano, Arqueología fenicio-púnica.

Abstract: This second article deals with the archaeological activities of Count Byron Khun de Prorok in Carthage, mainly concerning the excavations in the Sanctuary of Tanit -the so-called Tophet-. Shortly after its discovery in 1921, Prorok was involved in the recovery of the *temenos*, characterized as the burial place of thousands of children cremated and deposited in urns. In order to carry out a completely scientific excavation, Prorok promoted the institution of an international Committee in 1925. Thanks to this Committee, an American archaeological team traveled to Carthage and collaborated with a group of French scholars. I will deal with the early theories published about the Tophet functionality, as well as the recent studies regarding child sacrifice.

Key words: Byron Khun de Prorok, Carthage, Tophet, Child sacrifice, Sanctuary of Tanit, Franco-American Committee, Phoenician and Punic Archaeology.

* Facultad de Geografía e Historia, Universidad Complutense de Madrid. C/ Profesor Aranguren s.n., 28040, Madrid. Las investigaciones sobre el conde de Prorok se han realizado en el marco del Proyecto "Iconografía clásica y contacto cultural en el África romana: programas escultóricos en Cartago (Túnez)" (HAR2011-23445), dirigido por la profesora Fabiola Salcedo Garcés. Email: jorgegar@pdi.ucm.es

En un artículo anterior abordé los avatares biográficos y los intereses profesionales que movieron al arqueólogo amateur y explorador Francis Byron Khun, conde de Prorok (1896-1954), a conducir a Cartago a un equipo de dilettantes norteamericanos seducidos por la arqueología del mundo clásico con objeto de emprender las excavaciones de una *domus* romana en la colina de Juno¹. En el mismo trabajo se describían los métodos de documentación que Prorok adoptó en su yacimiento, y en general en sus investigaciones topográficas de la antigua capital púnica y de otras ciudades, los cuales incluían la filmación cinematográfica y la fotografía aérea; los miles de metros de película que filmó en los enclaves arqueológicos tunecinos, aparte de registrar el proceso de excavación así como los objetos que se iban descubriendo, constituyeron un exitoso elemento de difusión de sus campañas que le aseguraron la financiación de las mismas gracias a las donaciones de particulares y de instituciones. En este texto me centraré en las labores arqueológicas que Prorok dirigió en el santuario cartaginés de Tanit -también conocido como el tofet- junto al abate Jean-Baptiste Chabot en 1924, si bien a partir de 1921, desde el mismo momento de su hallazgo, el conde había comenzado a inmiscuirse en los trabajos de recuperación de este espacio sacro púnico. Igualmente abordaré sus esfuerzos para que en 1925 un nutrido grupo de especialistas tanto norteamericanos como europeos, autodenominado Comité franco-americano, se hiciera cargo de la excavación del tofet, en una relevante operación internacional menos ambiciosa, pero predecesora, de la célebre intervención desarrollada por doce países de la UNESCO a partir de 1972 (Gutron, 2008; Fumadó, 2009: 147-202).

1. El descubrimiento del tofet de Cartago en 1921

Byron Khun recaló en la arqueología tunecina en 1920. La trayectoria vital que lo guió hasta allí, y las experiencias de campo de los cinco años iniciales transcurridos en el norte de África los narró en primera persona en *Digging for Lost African Gods* (1926)², fuente fundamental para afrontar la biografía de Prorok, pero de un sesgo tan apologético que motiva que haya que manejar con cautela la información aportada en algunos de sus pasajes. Un ejemplo palpable se evidencia en su relato de las vicisitudes que desembocaron en el descubrimiento del tofet de Salammbô, quizá distorsionado a fin de atribuirse cierto protagonismo ya desde los momentos iniciales. La crónica oficial contiene de por sí los elementos novelescos propios de la arqueología de la época, plagada de hechos fortuitos: en diciembre de 1921 una de esas figuras que pueblan el

¹ “Las excavaciones del conde Byron Khun de Prorok en Cartago (1920-1925) I: la colina de Juno y la difusión cinematográfica de la arqueología cartaginesa”.

² En relación con esta publicación, aquí se citará la reedición de 2004.

imaginario arqueológico popular, un saqueador de tumbas tunecino, ofreció en venta a un funcionario francés, Paul Gielly, supuestamente la famosa *Estela Icard* (Museo del Bardo, C-217), también denominada *Estela del sacerdote y del niño*, ya que su superficie refleja a un individuo identificado por su vestimenta y su tocado a la manera de los *kohanim* con un sacerdote púnico, que sostiene en su brazo izquierdo a un infante, en apariencia a punto de ser consagrado a Baal Amón, cuya simbología corona el obelisco votivo (Hours-Miedan, 1951: lám. XXXV, f; Eydoux, 1962: 72; Bénichou-Safar, 2004: 1-2). Gielly tenía como socio en su afición por coleccionar antigüedades a otro intérprete controvertido de esta historia, el jefe de la policía de Túnez François Icard; seguramente no era la primera vez que entraban en tratos con el excavador clandestino, y por lo que sabemos de Icard, él mismo se dedicaba al tráfico de piezas arqueológicas, poseía una buena colección de cultura material del pasado cartaginés y amparándose en su cargo facilitaba los trámites aduaneros a fin de que sus clientes extrajeran los objetos antiguos de Túnez (University of Michigan, 2015)³. Ambos funcionarios estaban al corriente de que cientos y cientos de estelas de este tipo habían ido saliendo a la luz del subsuelo cartaginés recurrentemente desde mediados del siglo XIX a los pies de la colina de Byrsa y en torno a los puertos (Poinssot y Lantier, 1923: 2; Hours-Miedan, 1951: 17)⁴, lo cual, sumado a las características particulares de la iconografía de ésta, les llevó a querer averiguar el emplazamiento exacto de las indagaciones ilícitas del expoliador. Interrogado, el tunecino les señaló una ubicación inexacta, en las colinas de Ariana al oeste de Cartago, que mantuvo a los buscadores ocupados durante dos semanas, alejados del lugar real, mientras él proseguía su lucrativo negocio de venta de antigüedades púnicas a turistas y aficionados al arte. Finalmente, una noche se le puso bajo vigilancia y fue sorprendido in fraganti, afanado en extraer un conjunto de inscripciones votivas de un pozo que había cavado en una parcela al norte de la población de Le Kram, a unos 40 m. de distancia de la rivera occidental del puerto comercial (Poinssot y Lantier, 1923: 2; Lancel, 1994: 213-215). Cabe añadir para concluir esta historia que la identificación de la estela presentada a Gielly o a Icard con la *Estela del sacerdote* resulta infundada, a pesar de su reiteración en la bibliografía, pues ésta no se halló hasta ya puesta en marcha la excavación, en el estrato nombrado C con posterioridad, aproximadamente en abril de 1922; junto a otra, fue la primera de las que reposaban sepultadas en el tofet cuya iconografía se describió (Poinssot

³ En una relación de sus vivencias como asistente en las excavaciones de Cartago, Horton O'Neil dejó constancia de su adquisición de piezas principalmente cerámicas y bronceas de origen romano y púnico a Icard, y de la colaboración prestada por éste a la hora de abandonar el país con esta colección.

⁴ El texto de Poinssot y Lantier aquí citado constituye una edición separada del artículo publicado originalmente en la *Revue de l'Histoire des religions*, I, 1923, pp. 32-68.

y Lantier, 1922: 108-109; 1923: 17)⁵. Digamos que la antigüedad ofrecida a los funcionarios coloniales, independientemente de cuál fuese, despertó su apetito de fiscalizar directamente el lugar de su remoción.

El conde de Prorok escribió en tres ocasiones acerca de este affaire. En su *Fouilles à Carthage* y en un artículo destinado al anuario de The Smithsonian Institution, a grandes rasgos, seguía el hilo argumental que he expuesto, apuntando al policía como al interlocutor original con el vendedor tunecino (Khun de Prorok, 1923: xi-xii, xix; 1926: 569). Sin embargo, para su libro divulgativo de 1926, ya se introducía como copartícipe junto a Icard y Gielly del interrogatorio al clandestino en su casa⁶, una cisterna romana del poblado de La Malga, y como excavador durante dos semanas en el punto erróneo indicado adrede por aquél (Khun de Prorok, 2004a: 63-64). Ninguna otra fuente salvo las palabras del conde lo relaciona con estos acontecimientos previos a la Navidad de 1921, y ni siquiera en sus otros dos textos menciona que interviniera en ellos. Sí sabemos que en ese último mes de 1921 se encontraba en Cartago en el marco de las celebraciones del centenario de Flaubert, pero sobre todo negociando con la dirección del *Service des Antiquités de Tunisie*, a cargo de Louis Poinssot, la inmediata puesta en marcha de su proyecto de excavación en la colina de Juno; así que tuvo que enterarse de primera mano del lance en el que Icard y Gielly se vieron envueltos, y quizá asistir al mismo como espectador, pero dudo de que jugara el papel al que aludía. Me entretengo en estas disquisiciones porque en breve dio comienzo el sondeo del tofet, en el que Prorok, ahora sí, colaboró, pese a que usualmente se le recuerde únicamente en las excavaciones de 1924 y de 1925 (Gutron, 2010: 90-92), cuando no se le obvia por completo (Fantar, 1976: 13; Gran-Aymerich, 2007: 390-391).

2. Las excavaciones de François Icard en 1922

El puesto ocupado por Icard hubo de facilitar enormemente las diligencias que a continuación se sucedieron, pues en enero de 1922 había adquirido el terreno plagado de estelas y arrancado su excavación, en la cual le asistió su colega Gielly. La posesión recibía entonces el nombre de Regulus-Salammbô, y se ubicaba, como dije, a unas decenas de metros de los puertos, en una manzana de parcelas repartida entre distintos propietarios limitada al oeste por la Rue

⁵ El arqueólogo americano Francis W. Kelsey registró vagamente que la estela que cayó en manos de Gielly era una más de las que poseían símbolos asociados al culto de Tanit. Asimismo, ubicaba en La Marsa, al norte de Túnez, el lugar al que el clandestino envió a Icard y a Gielly. Kelsey, 1926: 33.

⁶ Que definió de anti-Volstead (en relación a Andrew Volstead, propulsor de la Ley seca), es decir, que se le persuadió a revelar su secreto mediante la ingesta de alcohol.

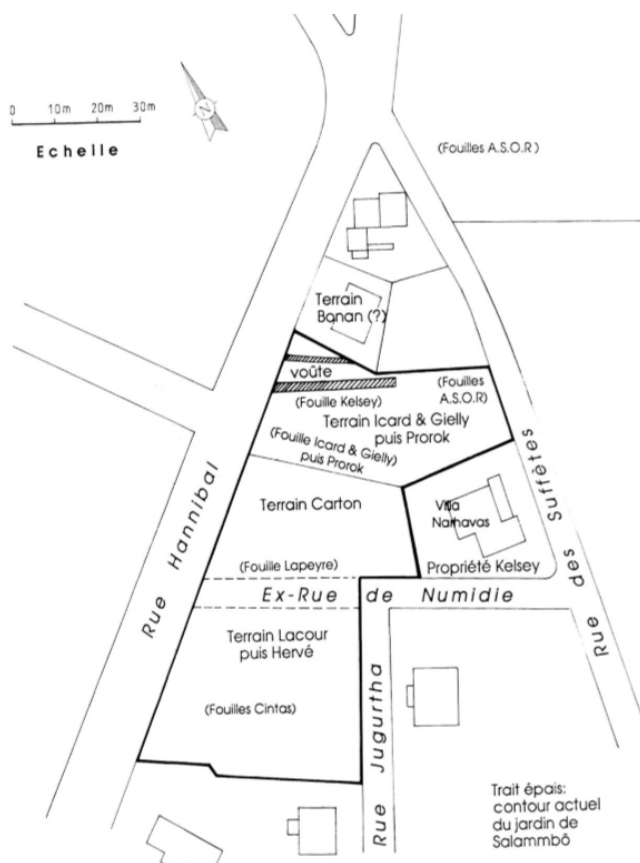


Fig. 1. Plano de la ubicación del tofet de Salammbô con la indicación de las diferentes áreas excavadas (Bénichou-Safar, 1995).

Hannibal, al este por el “*Chemin de la plage au palais Mustapha ben Ismail*” (hoy Rue des Suffètes), al norte por la confluencia de sendas vías y al sur por la Rue de Numidie (Poinssot y Lantier, 1923: 4, y n. 2; Bénichou-Safar, 1995: 90, fig. 4, 91, fig. 5, 93, fig. 6). (Fig. 1) Hélène Bénichou-Safar (1995: 96, n. 52; 2004: 9, n. 25) especula con la posibilidad de que Prorok ayudara a los funcionarios franceses en estos trabajos, pensamiento que doy por cierto: no sólo el conde norteamericano se encontraba en Cartago ya en marzo de 1922, con ocho meses por delante todavía de campaña, sino que aseguraba que Icard había accedido a que siguiera sus trabajos; efectivamente, tan de cerca, que filmó el proceso de exhumación del santuario, accedió a la documentación gráfica producida por Icard y tanto a los datos estratigráficos como a los objetos recobrados, y en 1923 daba por sentado que al año siguiente continuaría cooperando en el yacimiento de Salammbô (en realidad, en 1924 él era su dueño y dirigía las labores arqueológicas). No



Fig. 2. Fotografía catalogada en 1922 por Prorok como “Urn containing bones of little children sacrificed alive by the Carthaginians”. Ref. 070075. Londres, Royal Geographical Society

existe mayor prueba del compromiso del conde con el proyecto de Icard que se convirtiera en su difusor en los Estados Unidos: entre otras reliquias fenicio-púnicas que mostró públicamente en el Museum of French Art de Nueva York en diciembre de 1922 constaban “*bones of persons who were sacrificed in the temples [de Cartago]*”, que obviamente provenían de las recientes excavaciones (NYT, 1922) (Fig. 2). Las películas grabadas se proyectaron en enero y en mayo de 1923 en dos conferencias impartidas respectivamente en el National Museum of Natural History y en la Universidad de la Sorbona; tampoco me cabe duda alguna de que la exposición de urnas cinerarias, altares votivos e inscripciones procedentes del tofet en el French Institut de Nueva York ese año derivaba de la presencia activa de Prorok en el yacimiento, sobre todo tratándose de un arqueólogo con buenas conexiones en la alta sociedad neoyorkina (Khun de Prorok, 1923: xii, xxi). Por otro lado, y aunque más adelante volveré a las interpretaciones suscitadas alrededor de los restos humanos aparecidos en el santuario de Tanit, *The New York Times* empezó a publicar tempranamente las noticias que Prorok transmitía al diario, y en las cuales se le hacía el autor del descubrimiento -con el apoyo del Gobierno francés, añadía- de las urnas funerarias cuyos restos óseos demostraban que la civilización púnica sacrificaba al dios Baal-Amón a sus vástagos, “a menudo de las mejores familias” (NYT, 1923a: 11; 1923b).

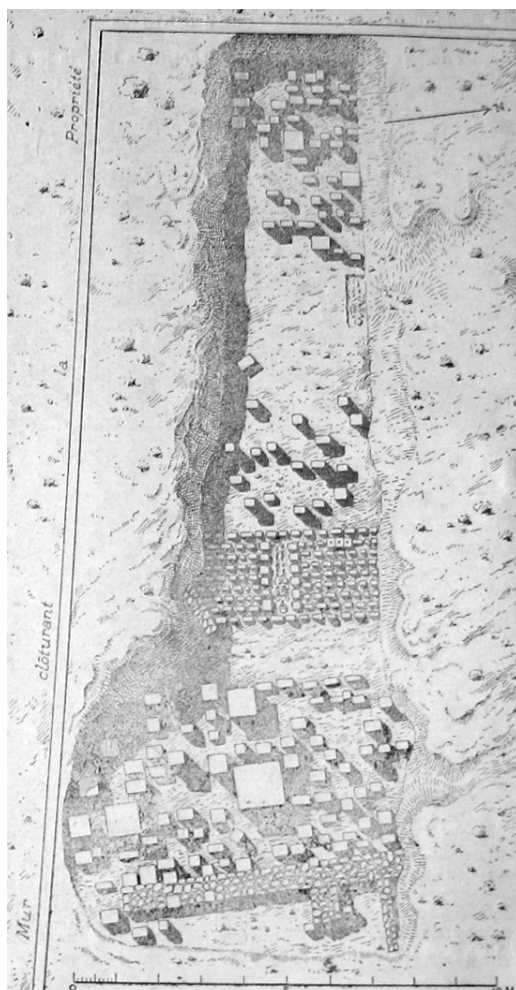


Fig. 3. Trinchera de la excavación de François Icard y de Paul Gielly de 1922 (Poinssot y Lantier, 1923).

Los hallazgos no se hicieron esperar: el 10 de enero de 1923 Louis Poinssot enviaba un telegrama a la *Académie des Inscriptions et Belles-Lettres* en el cual informaba de que un curioso santuario púnico con altares esculpidos había sido revelado gracias a Icard y a Gielly; que los calificara de auxiliares del *Service des Antiquités* testimonia que enseguida Poinssot había sometido a su supervisión científica cualquier procedimiento arqueológico que sus dos compatriotas, anticuarios amateurs, llevaran a cabo dentro de su jurisdicción, hecho que a la larga pondría fin a la dirección de Icard y provocaría su enemistad con el director



Fig. 4. Urna del estrato A, posteriormente Tanit I (Kelsey, 1926).

del *Service* (Cagnat, 1922a: 20)⁷. A finales de mes, que bajo las estelas inscritas y los altares figurados aparecieran cerámicas contenedoras de restos óseos hacía entrever la importancia que tenía lo que allí yacía para la comprensión de la religión cartaginesa, y en febrero se definía al yacimiento de Salammbô como el recinto de un templo consagrado a la diosa Tanit (Chabot, 1922a; 1922b). Dicha identificación avino gracias a las traducciones que pronto se sucedieron de las inscripciones grabadas sobre las estelas, y que realizaban Poinssot y su colega, el inspector de las antigüedades tunecinas Raymond Lantier, o de las que enviaron copias a París, al epigrafista y especialista en estudios orientales y semíticos, además de miembro de la *Académie des Inscriptions et Belles-Lettres*, Jean-Baptiste Chabot, o al epigrafista e historiador René Dussaud (Poinssot y Lantier, 1922; Chabot, 1922c; Dussaud, 1922).

A lo largo de 1922, quien atravesara la puerta de la tapia de Regulus-Salammbô contemplaría una honda trinchera de veintidós metros de longitud por

⁷ Aunque en París Eusèbe Vessel se quejaba ante l'Académie des Inscriptions et Belles-Lettres precisamente de todo lo contrario, del control inexistente de Poinssot sobre esta pareja de excavadores. Vessel, 1924: 234.



Fig. 5. François Icard fotografiado en el tofet en abril de 1922 (Bénichou-Safar, 1995).

ocho en su parte de mayor anchura, que alcanzaba una profundidad de hasta cinco o cinco metros y medio⁸ (Fig. 3). Los excavadores reconocieron cuatro capas de distintas cronologías -y en este estadio, poco atinadas-, caracterizadas por un determinado material, que enumeraron en base a sus especificidades con las letras A, B, C y D, correspondiendo la A a la fase más antigua (Poinssot y Lantier, 1923: 9-25). Aquí, en un estrato de tierra de consistencia arcillosa y color amarillento, despuntaban acumulaciones de toba sin trabajar separadas un metro unas de otras, coronadas por un betilo, que conformaban las cavidades en las que yacían las urnas sepulcrales (Fig. 4). Cipos anepigráficos en forma de templos en miniatura, altares y estelas apuntadas dotadas de incisiones con una variada simbología, y en algunos casos, de inscripciones, surgían en los estratos superiores (Fig. 5). Pese a la deficiente nomenclatura empleada por Icard (designaba “menhir” al bloque tallado toscamente en punta, y “dolmen subterráneo” a la cista de pedruscos apilados), las erróneas estimaciones cronológicas, su elección selectiva de objetos que documentar -obvió estelas carentes de decoración, o conservadas parcialmente en la D, los monumentos informes de la capa A, e incluso se le despistaron algunas inscripciones- (Vassel, 1924: 234) y la falta de aplicación de un registro metódico, Hélène Bénichou-Safar y Serge Lancel defienden una serie de aspectos de su metodología arqueológica: agudas explicaciones sea

⁸ Extensión que, según Hélène Bénichou-Safar (2004: 10), alcanzaba los 42 x 5 m. al final de la excavación.

de la calidad que de la tonalidad de la tierra que permitía razonar el cambio de estrato, la abundante información gráfica (casi 500 dibujos y croquis, 280 calcos, fotografías) y manuscrita que generó, y más importante, que conservó (anotaciones, cartas, centenares de fichas con descripciones y diseños), etc. (Hélène Bénichou-Safar, 1995: 96-106; 2004: 9-12; Lancel, 1994: 215-218; 2002: 8). En fechas más cercanas a la campaña de Icard se alabó igualmente su diligencia al delinear y apuntar las dimensiones de las estelas, cometido en el que recibió el auxilio del abate Guyonnet, arquitecto diocesano del arzobispado de Cartago, e incluso varios de sus dibujos se reprodujeron en 1953 (Chabot, 1953: 395, láms. XII-XV).

3. Sacrificios humanos y colonos egipcios en la campaña de Byron Khun de Prorok de 1924

Prorok seguía con atención el avance de la empresa arqueológica de Icard y de Gielly, de la cual más adelante aludiré en qué grado le influyó en la configuración de su pensamiento acerca del significado histórico del tofet, buena parte reflejado ya en su *Fouilles à Carthage*, obra en la que recogía las cuatro fases estratigráficas que se habían establecido para el yacimiento (Khun de Prorok, 1923: xii). El joven norteamericano encabezaba su propio equipo de trabajo en la colina de Juno, pero no ocultaba que en lugar de la Cartago romana que le había tocado en suerte desvelar su objetivo había sido de siempre el de investigar la topografía de la ciudad púnica (Khun de Prorok, 1924). Quién sabe si, consciente de la animadversión mutua que sentían el jefe de policía y el director del *Service des Antiquités*, y por contrapartida, la buena disposición de Poinsot hacia él, contempló la oportunidad de hacerse cargo del tofet⁹. O si le movió la desatención de la que se acusaba a Icard, cuyo puesto le dejaba libre únicamente los domingos para llegarse al *temenos* de Tanit, mientras que el resto de la semana los peones árabes hacían y deshacían a su antojo, “dispersando osamentas y amuletos”, como denunciaba Eusèbe Vassel (1924: 234-235). Lo cierto es que en 1922, de vuelta a los Estados Unidos, no sólo se entregó a la búsqueda de fondos con los que adquirir el terreno de Salammbô, sino que se entrevistó con Francis Willey Kelsey, profesor de latín y de literatura de la Universidad de Michigan, a fin de tantear la posibilidad de conseguir el sostén económico de dicha institución, y especialmente, su respaldo científico y el de Kelsey (Griffiths Pedley, 2012: 309 y n. 46). Los de Chabot, Merlin o Delattre eran algunos de los nombres que había podido enarbolar previamente en sus excavaciones de la colina de Juno, de manera que Prorok insistía de nuevo en la

⁹ Una buena disposición que contrastaba, sin embargo, con los comentarios negativos de Prorok que Poinsot hacía ante terceras personas. Hust, 1997: 516.

estrategia de asegurarse la involucración de pesos pesados del mundo académico, avales perfectos con los cuales presentar sus planes ante inversores, organismos gubernamentales y centros universitarios. Kelsey todavía no había acometido los proyectos arqueológicos en Antioquía de Pisidia (Turquía, 1924) y en Karanis (Egipto, 1924-1927), ni desde luego reunido la colección que exhibe el museo que lleva su nombre en el campus de la Universidad de Michigan por el que hoy es recordado, pero tres décadas de dedicación a los estudios clásicos acreditaban su reputación (Talalay y Alcock, 2006: 12-19).

Las conversaciones iniciadas no terminaron en una concreción efectiva de la intervención de Kelsey en Cartago -por el momento-, pero Prorok no se hallaba exento de recursos y terminó por adquirir el terreno en 1924 gracias a una donación del empresario neoyorquino Nicholas Frederic Bradley y de su esposa, Genevieve Garvan, mientras que los trabajos se sufragaron gracias a la filantropía de un grupo de subscriptores anónimos americanos (Reed, 1924a; Khun de Prorok, 1926: 574)¹⁰. La reapertura o el progreso de la excavación en el sector sur de Regulus-Salammô en la primavera de 1924 se anunció en diferentes boletines científicos, pero sin embargo la información que nos ha llegado de ella resulta inusitadamente parca, en especial comparada con la de la campaña de dos años atrás (Chabot, 1924a: 189; Ledos, 1924: 402; Doliveaux, 1925: 393). Del equipo¹¹ que reunió destacaré a Donald B. Harden, a quien volveré a hacer referencia bajo la dirección de Kelsey, y al abate Chabot, al que Prorok atrajo a Cartago para que se pusiera al frente de la excavación junto a él y así llenara el vacío académico que no había logrado colmar con Kelsey. Precisamente, el religioso y epigrafista francés fue quien comunicó a *l'Académie des Inscriptions et Belles-Lettres* los hallazgos que deparó esta nueva indagación arqueológica en un área de unos 36,5 m., un número indeterminado de altares votivos y más de doscientas urnas con restos óseos en su interior (Chabot, 1924b)¹². A lo largo de las seis semanas que duraron los trabajos, Byron Khun (1926: 571) afirmaba que en ocasiones salían a la luz no menos de cincuenta vasos cinerarios al día. La duración de esta sesión se preveía para seis meses, pero el carácter intratable de Chabot -en palabras de Harden-, junto a que Prorok adoptase una serie de decisiones metodológicas con

¹⁰ Con toda probabilidad, el suegro de Prorok, William Francis Kenny, tuvo que ver con que Bradley le facilitase la suma necesaria para comprar los terrenos en 1924, justo un año después del matrimonio del conde con Alice J. Kenny

¹¹ Además eran miembros del mismo el mayor Fred Shorey de la Universidad McGill de Montreal, Arnold MacKay Duff de la Universidad de Oxford, Gerard Rey de Villette de l'École des Sciences Politiques de Paris y como fotógrafo Horton O'Neill. En el momento en que acudieron a la excavación, Duff y Harden realizaban una estancia de investigación en la British School of Rome.

¹² Rey de Villette y Donald Harden dejarían constancia del descubrimiento de 468 urnas y de más de 55 monumentos en superficie. Hurst, 1997: 516; Bénichou-Safar, 2004: 13, n. 54.

las que el abate no se sentía conforme, acabaron por acelerar su término (Hurst, 1997: 516).

El abate Chabot se mostró prudente en sus afirmaciones atinentes al significado de los indicios que, en base a los despojos calcinados que encerraban dichos vasos cerámicos, apuntaban hacia la realidad de los sacrificios humanos en Cartago que se leía en los autores antiguos. En 1922, de manera independiente al otro dúo, tanto Poinssot y Lantier como Icard y Gielly habían solicitado análisis respectivamente a los doctores A. Henri y Paul Pallary, este último del Institut Pasteur de Túnez (Poinssot y Lantier, 1923: 25). Los resultados obtenidos por ambos facultativos en sus exámenes de huesos y de dientes de decenas de urnas coincidían en que correspondían a sujetos de una corta edad, entre recién nacidos y niños entre dos años y medio y tres años de edad, y otros despojos, excepcionalmente, a aves y a cuadrúpedos (Carneros y corderos). Pallary observó que según se avanzaba en el tiempo se manifestaba una menor proporción de material óseo de animales mezclado con el de los niños, y que la edad de éstos disminuía, de forma que los sesenta receptáculos estudiados del estrato C, y los del D, contenían en su mayoría las cenizas de neonatos, y apenas un caso de presencia de osamenta animal en cada uno (Pallary, 1922: 225-226). El médico, que en las publicaciones académicas moderaba su opinión -un rito, decía, en el que ocasionalmente se sustituiría al bebé por un cordero, acompañado quizá de cierta suma de dinero, pero no a la fuerza el sacrificio de aquél en vida, planteando la viabilidad de que hubiese nacido muerto-, en la prensa daba rienda suelta a las especulaciones flaubertianas, declarando que el sacrificio del primogénito debía de ser un rito imperativo en Cartago, reservado a atraer el favor del dios Moloch (Pallary, 1922: 226; Cagnat, 1922b: clxxvii; Jaubert de Béné, 1923).

Enseguida, bien René Dussaud, autor de dos monografías que abordaban el sacrificio en las civilizaciones fenicias e israelita¹³, que Poinssot y Lantier, adoptaron la teoría del infanticidio en el santuario de Tanit en honor de la diosa homónima y de Baal, con la aquiescencia del Estado cartaginés (Dussaud, 1922: 245; Poinssot y Lantier, 1923: 36). Chabot, como apunté, sugería reflexión antes de aceptar la presunción de la inmolación de pequeños. En cuanto a Byon Khun de Prorok, no tardó en embeberse de las ensoñaciones flaubertianas de la arqueología cartaginesa de su tiempo, insertándose en una cadena de juicios despreciativos que, cultivados en la literatura clásica, y reinterpretados por la pluma de Gustave Flaubert, perfilarían el novelesco imaginario conjeturado por Occidente acerca no sólo de Cartago, sino de la entera civilización fenicio-púnica (Gutron, 2008). Prorok se sumergió de pleno en ese *monde barbare, oriental, molochiste*, palabras clave con las que Flaubert esbozaba el universo mediterráneo

¹³ *Le Sacrifice en Israel et chez les Phéniciens* (1914) y *Les origines cananéennes du sacrifice israélite* (1921).

de *Salammbô* en su defensa de la obra ante las críticas de Sainte-Beuve (Flaubert, 2014: 1035). La ciudad que el escritor normando había resucitado a través de sus palabras, leyendo a Plinio, Diodoro de Sicilia, Polibio o Apiano, Prorok pretendía recuperarla mediante la arqueología: en una entrevista concedida a Alma Reed, incluso reconocía que confiaba desenterrar en el tofet un templo consagrado a Tanit similar al pincelado por Flaubert (Reed, 1924a). El conde admitía como un relato verídico la cruda reconstrucción del holocausto de niños a los pies de la colosal estatua de bronce de Moloch, delante de una multitud en éxtasis arrojando objetos preciosos a las llamas, los himnos entonados por los sacerdotes y los gritos proferidos por las víctimas sofocados por el enérgico estruendo producido por los instrumentos (Flaubert, 1996: 266-269). Los cientos de lucernas encontrados en el santuario le hablaban de los ceremoniales nocturnos, las danzas y las orgías de la diosa, en tanto que las tristes cenizas y los huesos no constituían más que el silencioso testimonio de los sacrificios brindados al insaciable Moloch-Baal (NYT, 1923a: 11; 1923b; Khun de Prorok, 2004a: 64-65, 70-71). Igualmente la película histórica de Giovanni Pastrone *Cabiria*, estrenada en 1914 con cuadros de texto del poeta Giovanni D'Annunzio, había contribuido por entonces a conformar una cultura visiva de la barbarie de los ceremoniales fenicios, que rubricaba el triunfo “historiográfico” de la prosa del francés (Fig. 6).

Los fuegos de Moloch y la monstruosa escultura cobriza de Tanit intercambiaban sus papeles aleatoriamente en las narraciones del conde. Incluso ensayaba su propia interpretación del fenómeno religioso en torno al tofet, y de las triunfantes acciones del ejército de Aníbal: el secreto de su éxito y de su resistencia en regiones extranjeras durante largos periodos de tiempo habría residido, en opinión de Prorok, en la amenaza constante que pendía sobre sus hijos de ser quemados vivos en casa... E identificaba inscripciones del tofet como alusivas al linaje de los Barca. Aceptando al pie de la letra a los autores romanos, Aníbal de recién nacido se habría salvado del sacrificio al haber sido sustituido por el hijo de un esclavo, subterfugio al que recurrían la nobleza cartaginesa (Khun de Prorok, 2004a: 68-69). La percepción de que la avaricia, la sensualidad o las prácticas atroces de su piedad sellaban la inferioridad de la cultura fenicia -además de asentar los paradigmas del antisemitismo contemporáneo- (Díaz-Andreu, 2007: 158-159) fue extrapolada a la población nativa por el conde en un discurso típicamente colonial, cuyos aspectos claves han sido dilucidados en la inteligente monografía de Edward W. Said (2003). Por ejemplo, la codicia de sus obreros les hacía dignos descendientes de los antiguos señores de Cartago; y en la excavación del tofet se revelaban los rastros primigenios del fanatismo de los tunecinos de su época, una idolatría que Prorok veía personificada en la fraternidad mística de los aïssaouas. “*For myself, I could imagine nothing but the return of Baal. Tanit lived in those moments*”, escribía al recordar las danzas



Fig. 6. Cartel de la película *Cabiria*, dirigida por Giovanni Pastrone en 1914, en el que se muestra la escena de los sacrificios de niños descrita por Flaubert.

y cánticos en cuyo cénit los miembros de la orden Aïssawa se autolaceraban con fragmentos de vidrio, puñales y las propias uñas (Khun de Prorok, 2004a: 67, 72).

El conde asumió la división en cuatro lechos estratigráficos del *temenos* de Tanit (A-D) esbozada por Poïnssot y Lantier (1923: 37), y la mantuvo hasta cuando las intervenciones del Comité franco-americano de 1925 redujeron a tres las fases cronológicas del complejo (Khun de Prorok, 1923: xii; 1926: 571-574; 2004a: 64). La cronología establecida por los representantes del *Service des Antiquités* remitía a finales del VI a.C. el periodo más antiguo del tofet, el estrato A. En esta cuestión Prorok, sin especificar fechas absolutas, sin embargo parece que se dejó convencer por las teorías de Icard, quien al contemplar el material tan arcaico que salía en dicha capa, pensó que se encontraba ante la presencia de una pretérita colonia egipcia (Lancel, 1994: 215). No obstante, el arqueólogo norteamericano se cuidó mucho de enunciar esta idea en determinados ámbitos: mientras que en las publicaciones científicas se limitó a mencionar la “influencia” egipcia en

los ajuares y piezas votivas de Cartago, en conferencias y declaraciones a los rotativos expresaba que al menos 500 años antes de que los fenicios fundaran su colonia, los egipcios habían levantado allí un asentamiento, donde floreció el culto a Osiris y a Amón-Ra, divinidad esta última en la que reconocía al Baal-Amón púnico (Khun de Prorok, 1923: xx-xxi; NYT, 1923a; 1923b; Reed, 1924a). La prueba irrefutable de que el espacio geográfico escogido por la reina Dido estaba ocupado previamente radicaba en las piezas descubiertas en los niveles primitivos del tofet: cipos y estelas egiptizantes -en los que las representaciones figuradas replicaban los contornos de las momias-, los amuletos cubiertos de jeroglíficos, o en forma del ojo de Osiris, la joyería, los objetos decorados con la figura del dios Bes, etc. En cualquier caso, Prorok no llegó a declarar que la cultura y los habitantes de la Cartago fenicio-púnica fuesen egipcios, sino que los colonizadores orientales habían construido su ciudad encima del establecimiento de los emigrantes de Egipto, hecho que se clarificaba en el recinto cultural de Tanit. Cabe añadir que, aun en el supuesto anterior resultaría comprensible la postura de Prorok, ya que a finales del siglo XIX y en las décadas inaugurales del XX enfoques históricos de esta clase, en los que la migración de gentes y la difusión de conceptos y pericias se planteaban como el mecanismo promotor del avance cultural, rebosaban las páginas de los escritos arqueológicos y antropológicos; y Egipto, en esos años, se consideraba el punto del que brotaba el progreso (Trigger, 2008: 220-222).

4. La formación del Comité franco-americano y los obstáculos para excavar en Cartago

“To Byron Khun de Prorok belongs the credit of having inspired in a group of Americans an interest in the problem of excavating ancient Carthage”, se leía en las líneas iniciales del informe preliminar que redactó Francis Kelsey de las excavaciones de 1925 (Kelsey, 1926: vii). Desde el comienzo de sus empresas norteafricanas, la meta del conde de Prorok había residido en que su programa arqueológico individual, financiado por personajes privados, y fundamentalmente sustentado por la cooperación de amistades y diletantes, evolucionase a un proyecto académico, en el que se implicasen figuras universitarias afamadas -el apoyo de Chabot había supuesto un buen avance-, que trajesen consigo capital de sus instituciones con el que abordar un plan ambicioso de excavaciones en Cartago. Las gestiones desplegadas por el joven conde en Estados Unidos durante 1922 y 1923 apuntaban en esa dirección: en los años previos a la instauración del Comité franco-americano se podía leer de una *École d’Archéologie de l’Africa du Nord* que Prorok pretendía organizar bajo la égida de Francia, aunque agruparía también a especialistas de Norteamérica y del Reino Unido. Los periódicos

decían que el conde se había asegurado del concurso de las universidades de Harvard, de Toronto, de Oxford y de los países escandinavos, aparte de a las escuelas americana y británica con sede en Roma (Le Coq, 1923; Anón. 1924a: 218; 1924b); efectivamente, varias de las entidades citadas enviarían a sus estudiantes a Cartago, sumándose a las actividades del Comité, pero la École nunca se materializó.

Como señalé en el artículo anterior, el mecenazgo de diversos organismos (*The Archaeological Institute of America*, *The Washington Archaeological Society*, *The Near East Research Fund* de la Universidad de Michigan, la Universidad de Rochester), del gobierno canadiense y las subvenciones privadas (del ya aludido en la nota 11 William Francis Kenny, suegro de Prorok) consintieron aglutinar a un heterogéneo equipo de sabios y técnicos estadounidenses y franceses que, guiados por el profesor Kelsey, activaron una campaña preliminar que evaluaría la justificación de invertir en Cartago y en otros yacimientos tunecinos tiempo, dinero y esfuerzo (Kelsey, 1926: 9; Griffiths Pedley, 2012: 330-331). Los métodos de Prorok y sus especulaciones históricas, divulgadas en decenas de artículos y de conferencias, sembraron susceptibilidades entre no pocas cabezas regidoras de esas instituciones, pero Kelsey le prestaba ahora un apoyo incondicional, el abate Chabot trabajaba codo a codo con él pese a sus desacuerdos y sin el permiso del *Service des Antiquités*, con el que Prorok andaba en buenos términos, los americanos se hallaban fuera de Cartago. Finalmente, en una sala del Cosmos Club de Washington, se formó el Comité franco-americano, integrado en sus cargos rectores por una serie de políticos, diplomáticos y representantes de instituciones académicas, y después por los veinticinco componentes efectivos del equipo, a quienes se fueron añadiendo más asistentes o que luego serían relevados por otros especialistas. Algunos constaban en las excavaciones de 1924, como Rey de Villette, Horton O'Neill, el mayor Shorey y por supuesto el abate Chabot, o eran figuras de referencia en las investigaciones pertinentes a Cartago, como el padre Delattre (aunque en París, Alfred Merlin y Stéphan Gsell eran igualmente miembros integrantes de la sección francesa). Cada uno tenía asociado un rol específico o una responsabilidad adecuada a su rama de especialidad: Frederick J. Woodbridge, la arquitectura; Donald B. Harden, la cerámica; el profesor Enoch E. Peterson del Luther College (Iowa) llevaba el diario de excavación y efectuaba la catalogación de los objetos descubiertos, mientras que su colega Henry S. Washington, experto en petrografía de la Carnegie Institution, actuaba de consultor científico; de la Universidad de Princeton, el ingeniero Edward R. Stoeber ejerció un papel destacado dirigiendo los aspectos técnicos de las labores de extracción de tierra del tofet, cometido que proseguiría ulteriormente George F. French. La documentación fotográfica les correspondía al ya nombrado O'Neill y a George R. Swain; en 1923 ó 1924 la Casa Pathé News



Fig. 7. Miembros del Comité en el tofet. De izquierda a derecha, Byron Khun de Prorok, el padre Huguenot, el profesor Washington, el abate Chabot, Francis W. Kelsey y el padre Delattre. Khun de Porok, *Digging for Lost African Gods* (1926)

había puesto a Maurice Kellerman a disposición de Prorok a fin de que filmara todas las operaciones arqueológicas. Finalmente, Kelsey figuraba como *General Director* de la expedición y Khun de Prorok *Associate Director*, su brazo derecho (Kelsey, 1926: 10-13; Khun de Prorok, 2004a: 46-47) (Fig. 7). Un documento de archivo del Ministère des Affaires étrangères de Francia tocante a la misión franco-americana lista al abate Chabot a la cabeza de la misma, y seguidamente a Prorok y a Kelsey¹⁴, lo cual confirma las suposiciones de Bénichou-Safar (2004: 13, n. 60) de que el sabio francés, un reputado entendido en antigüedades púnicas, ejercía el liderazgo incontestable del proyecto; de los dos meses que se prolongó la excavación -marzo-mayo de 1925-, Kelsey pasó fuera de Túnez casi un mes entero. Sin embargo, el trabajo de campo, de facto, lo dirigió el ingeniero Stoever. Al escribir en adelante “Kelsey” resumiré en un solo nombre ese triunvirato de Chabot, Stoever y el profesor de la Universidad de Michigan.

¹⁴ Université de la Manouba, Túnez. Bobina 127. Ministère des Affaires étrangères. Archives diplomatiques. Tunisie 1917-1929. Núm. 210. “Mission Franco-Américaine pour Carthage 1925”. Agradezco a la profesora Fabiola Salcedo de la UCM y al profesor Béchir Yazidi de la Université de la Manouba que me hayan facilitado la documentación conservada en microfilmes -realizados a partir de los documentos originales que se localizan en París- en la universidad tunecina.

La piedra angular de la empresa giraba alrededor de Cartago, pero Prorok tenía en mente que el Comité diversificara sus actuaciones en otros yacimientos y regiones de Túnez. Una partida se desplazaría a Útica, donde los acogería el abate Moulard (asimismo, componente del Comité) y el conde de Chabannes, propietario de las tierras donde se ocultaba la antigua ciudad. En Djerba se seguiría la pista de unos vestigios submarinos divisados por pescadores de esponjas al sur de la isla, y se llevarían a cabo sondeos bajo el agua; igualmente, se contaba con rescatar las obras de arte que todavía yacían en el pecio de Mahdia. Hacia el Sáhara se aventurarían distintas expediciones motorizadas que investigasen sus monumentos y yacimientos prehistóricos, a la par que trazaran las rutas comerciales seguidas por fenicios, púnicos y romanos hacia el interior de África. Un ubicuo Prorok, siempre con Kellerman pegado a sus espaldas filmando sus andanzas, encabezaba cada operación¹⁵. No dispongo aquí de espacio para desarrollar lo que depararon los viajes al desierto, la excavación submarina de Djerba y las idas y venidas entre Cartago y Útica, que el conde recapituló en sus monografías y artículos (Khun de Prorok, 1925a; 1925b; 1929; 2004a).

En Cartago, el Comité abordó tres áreas de trabajo: en la colina de Juno, objeto del primer artículo, Horton O'Neill supervisó una limpieza general de las subestructuras abovedadas que alojaban el museo de piezas descubiertas allí, el almacén de herramientas y la casa del cuidador; ahora se quería acomodar un espacio de laboratorios donde preparar por cuadruplicado una serie de calcos de los epígrafes inscritos en las estelas del tofet, que quedarían en poder de las universidades de Michigan, de Montreal, de *l'Académie des Inscriptions et Belles-Lettres* y de Prorok (University of Michigan, 2015). El Kelsey Museum aún atesora en la actualidad 78 de estos calcos (Bruehl, 1997-2000). En el segundo yacimiento se buscó ubicar infructuosamente la posición del foro o ágora púnica de Cartago a los pies de la colina de Byrsa: con esa finalidad se abrieron varias trincheras que alcanzaron los 4 metros y medio de profundidad, y aunque los excavadores dieron con calles bizantinas y muros y mosaicos de época romana, la exploración dejó una amarga sensación de fracaso (NYT, 1925a; 1925b).

Continuar desentramando las incógnitas del tofet o santuario de Tanit, la tercera zona examinada, sostenía el entero proyecto tunecino del Comité, aunque aquí tropezaron con el obstáculo de la veloz escalada edilicia de la ciudad (Figs. 8 y 9). Y es que Cartago difícilmente se reconocía en el primer cuarto del siglo XX con esa borrosa aglomeración de “algunas cabañas moriscas, una ermita musulmana en la extremidad de un cabo muy saliente, y algunas ovejas que

¹⁵ En efecto, en los documentos de la “Mission Franco-Américaine pour Djerba 1925” y de la “Mission Franco-Américaine pour exploration du Sahara-Algerien (Hoggar)”, localizados en la misma signatura citada en la nota anterior, el conde de Prorok aparece como director de ambas iniciativas.



Fig. 8. Vista general del área de excavación del tofet en 1925. Khun de Prorok, *Digging for Lost African Gods* (1926).

pacían entre unas ruinas...” dibujada por Chateaubriand en 1807 (Chateaubriand, 1982: 326). Al contrario, a partir de finales del XIX, y de manera categórica en las décadas de 1900 a 1930, transformaría completamente su paisaje urbano, que de unos cuantos villorrios árabes que máximamente se concentraban alrededor de las vastas cisternas romanas -y las usaban de refugio habitacional- crecería como un verdadero suburbio residencial de la capital: su clima más benigno durante la canícula estival atrajo a numerosos exponentes de la alta sociedad tunecina y de la propia familia de los beyes, cuyos palacios y residencias se concentraban al borde del mar y alrededor de los puertos antiguos (Sayadi, 2007: 85-87). El boom de la construcción, unido a la rapacidad de los agentes inmobiliarios, se convirtió en un grave problema para la arqueología cartaginesa de los primeros decenios del siglo pasado. Los sectores urbanos que resultaban atractivos se habían dividido en pequeños lotes en los que se edificaba a pasos agigantados, a la par que los precios subían con igual rapidez (Kelsey, 1926: 22). Los planes arqueológicos como los emprendidos por el Comité, a una escala limitada en puntos focalizados, y sin financiación gubernamental, excitaban aún más el alza del valor de las tierras en las zonas circundantes, pues los especuladores eran conscientes de que los arqueólogos occidentales satisfacerían el monto demandado con tal de ejecutar sus propósitos; así, los costes de trabajar en la metrópolis púnica se hacían gradualmente más prohibitivos (NYT, 1925b; 1925c; 1926).



Fig. 9. Vista actual del tofet de Cartago. Fotografía de Jorge García Sánchez.

La única opción plausible pasaba porque el Gobierno tunecino expropiase los terrenos o retuviese los derechos sobre las amplias franjas de suelo todavía no construido, regulando de este modo la cuantía a desembolsar. Hacia 1921, el latinista Louis Bertrand lanzaba la propuesta de que una medida eficaz estribaría en que además de restringir el fenómeno edilicio, contemporáneamente, a través de sondeos sistemáticos, los arqueólogos plantearan sea los espacios cubiertos de ruinas visitables que los reservados para las excavaciones venideras: Cartago se contemplaría entonces como Roma, con “islotes” de monumentos accesibles al público (Bertrand, 1921: 114-115). Una legislación moderadora del crecimiento urbano de la población había sido aprobada en torno a esos años, y aún con todo, su ineficacia permitía la edilicia abusiva y que la colonia de Dido continuase siendo la cantera de piedra que había sido a lo largo de toda su historia.

En 1924, al menos Byron Khun de Prorok había obtenido una porción del terreno en el cual yacía el tofet¹⁶. Kelsey codiciaba ampliar el yacimiento y tratar de delimitar el perímetro del santuario, así que compró, sobrellevando los problemas comentados, una nueva porción de terreno al suroeste, que incluía la villa Narhavas, que se decidió dejar en pie como almacén y casa del guardés

¹⁶ En otra finca no le había sonreído la misma suerte, pues una vez adquirida, su expropietario lo había sacado de ella a punta de pistola en cuanto los vestigios habían despuntado. Khun de Prorok, 2004: 43.

del tofet, puesto que el alto riesgo de sustracción de las estelas púnicas y otros materiales así lo exigía (Kelsey, 1926: 30-34 y fig. 13; Bénichou-Safar, 1995: 90, 91, 93, figs. 4-6). Con la aquiescencia de Poinssot, sólo faltaba la llegada a Túnez del Comité desde el otro lado del Atlántico para dar principio a la excavación. Las negociaciones por el tofet y el permiso de indagarlo tuvieron un eco inmediato en los diarios tunecinos, que arremetieron con vehemencia contra el Gobierno francés por haber tolerado que una fracción del suelo de Cartago se hubiese vendido a los dólares norteamericanos; el trasfondo de la respuesta airada de la opinión pública y de los círculos académicos nada tenía que ver, sin embargo, con la sustracción de un pequeño lote de la localidad costera, sino con la reivindicación francesa de poseer la exclusividad científica sobre la arqueología clásica del Protectorado africano (Gutron, 2010: 90 y n. 64). Con todo, la realización de una campaña acometida por un equipo interdisciplinar, en buena parte de currículum universitario, y supervisado de cerca por el *Service des Antiquités*, determinaba el crepúsculo de aventureros y amateurs en la arqueología cartaginesa (Gran-Aymerich, 2007: 390-392).

5. La organización de una campaña arqueológica en la Cartago de 1925

El conde de Prorok (que viajaba con su mujer, Alice Kenny, y su hija) y Edward Stoever se adelantaron al resto de los arqueólogos norteamericanos para ocuparse de la organización de las excavaciones y contratar obreros (NYT, 1925c). El conde habilitó como sede de la expedición un palacete árabe situado a caballo entre Cartago y Sidi Bou Saïd, en el supuesto arrabal púnico de Megara, al que había bautizado con el nombre de Villa Amílcar. Al menos desde 1922 debía de ocuparlo, y no faltan noticias de prensa que nos hablan de las recepciones que había ofrecido a sus amigos de la alta sociedad estadounidense; en la primavera de 1925, sus habitación se transformaron en salas de dibujo, laboratorios donde clasificar y medir los materiales, cuarto oscuro donde revelar las fotografías, salón de reuniones...

Prorok no esperó a que el entero Comité desembarcara en Túnez e inició por su cuenta las excavaciones, con la desaprobación de Stoever (Fig. 10). Cuando Kelsey recaló en Cartago, a comienzos de marzo, y se encontró con los dos hombres de confianza del conde, los diletantes O'Neill y Rey de Villette, ya manos a la obra, amenazó con marcharse si no se detenían de inmediato (Griffiths Pedley, 2012: 338). Los ánimos se calmaron, Chabot llegó de París, y la excavación pudo dar comienzo bajo el control del abate francés, de Stoever y de Kelsey. Aun así, éste seguramente hubo de hacer innumerables concesiones a Prorok y a su concepción de la arqueología-espectáculo, que buscaba la insistente atención del público europeo y americano, la publicidad de los grandes titulares, la filmación



Fig. 10. Byron Khun de Prorok rodeado de estelas en el tofet (Khun de Prorok, 1926).

de la evolución de los trabajos con objetivos más allá de los arqueológicos, el constante ir y venir de amistades y visitantes por los yacimientos, etc. Por ejemplo, apenas había puesto Kelsey un pie en el tofet y ya 700 turistas norteamericanos e ingleses que viajaban en dos trasatlánticos se le habían adelantado (NYT, 1925d); o en la apertura de la excavación del “ágora”, Prorok congregó ante la cámara a los turistas que pudo reunir y principalmente a grandes personalidades como la duquesa María Pávlovna, el gobernador de Túnez y el barón Rodolphe d’Erlanger -mecenas de artista y pintor él mismo, propietario de una suntuosa mansión modernista en Sidi Bou Saïd-, evento que subrayaba una vez más su capacidad de convocatoria y su vocación exhibicionista (NYT, 1925a).

Distintas obras que entremezclan la arqueología con los géneros del diario, de memorias o de viajes han relatado el día a día en las excavaciones de los años 20’ y 30’ (Woolley, 1937; 2007; Chubb, 1999; 2001; Andrae, 2010; Mallowan, 2010). Principalmente los escritos de Byron Khun de Prorok, aunque también de otros integrantes del Comité, retratan las faenas cotidianas y el funcionamiento de la campaña en el santuario de Tanit. El conde reclutó para continuar socavando el tofet a cuarenta peones, en su mayoría árabes, no obstante a que en las tres excavaciones puestas en marcha la mano de obra local se entremezclaba con sicilianos, malteses, italianos, franceses, bereberes y centroafricanos¹⁷, cuyas pagas oscilaban entre los cinco y los dieciocho francos diarios, dependiendo de la nacionalidad y de los salarios que solían acordarse en los lugares donde se les enrolaba (University of Michigan, 2015)¹⁸ (Fig. 11). Tradicionalmente, los arqueólogos de Cartago empleaban a los braceros de las aldeas de La Malga y de Douar-Chott, acostumbrados, generación tras generación, a despojar de su piedra a los monumentos del pasado para venderla como material de construcción de los edificios de Túnez y de otras ciudades (Sayadi, 2007: 136). A estas cantidades estipuladas hay que añadir los premios económicos que lograban quienes hallaran las mejores piezas (NYT, 1925e), una práctica dirigida a alentar el espíritu de trabajo de los obreros e inducir a detectar los objetos con cautela, pero por encima de todo un seguro de que éstos se entregarían al arqueólogo en lugar de venderlos en el mercado negro. El *baksheesh* -del persa “regalo”- era una medida muy extendida por todas las canteras arqueológicas del Mediterráneo oriental (Woolley, 1937: 37-38; Chubb, 2001: 54-55; Flinders Petrie, 2012: 28); pero en ocasiones su aplicación no evitó que Prorok tuviese que obtener de los anticuarios tunecinos objetos que sabía hurtados de sus yacimientos (Khun de Prorok, 2004a: 80).

¹⁷ En la colina de Juno había destinados veinte obreros, mientras que la del foro contaba con ochenta, principalmente centroafricanos y bereberes. University of Michigan, 2015. Carta de Horton O’Neill a su padre de 2 de abril de 1925.

¹⁸ Carta de Horton O’Neill a su padre de 20 de marzo de 1925.



Fig. 11. Obreros en el tofet, 2 de abril de 1925 (Talalay y Alcock, 2006).

Al conde le preocupaba que las toneladas de tierra extraídas del tofet, descargadas en un emplazamiento mal seleccionado, enterrasen a mayor profundidad otras ruinas; por eso, tanto las carretas tiradas por mulos en el tofet, como las vagonetas Ford de las exploraciones del llamado foro, se desembarazaban de la arena, previamente cribada a conciencia, en la vecina playa, ganándole terreno al agua. Así, calculaba que en unos pocos años alcanzarían los vestigios de lo sospechaba que eran unas murallas sumergidas bajo las aguas, fotografiadas desde el aire en 1923 (Reed, 1924a; Khun de Prorok, 2004a: 51). La imagen que Horton O'Neill transmitía del santuario de Tanit era la de una gran metrópolis de hormigas: *“A network of narrow gauge lines has been laid and everywhere earth carts can be seen rushing down slopes covered with clinging Arabs, and dumpinto donkey carts waiting in line to haul the rich black earth off to the Sea”* (University of Michigan, 2015)¹⁹. En contraste, al agitado ritmo diurno le sucedía la recapitulación en la Villa Amilcar de todo lo que había deparado la sesión de trabajo del día previo: entonces se repasaban los informes y se pasaban a limpio en el diario de excavación común, se comentaban las fotos reveladas, y

¹⁹ *Ídem.*

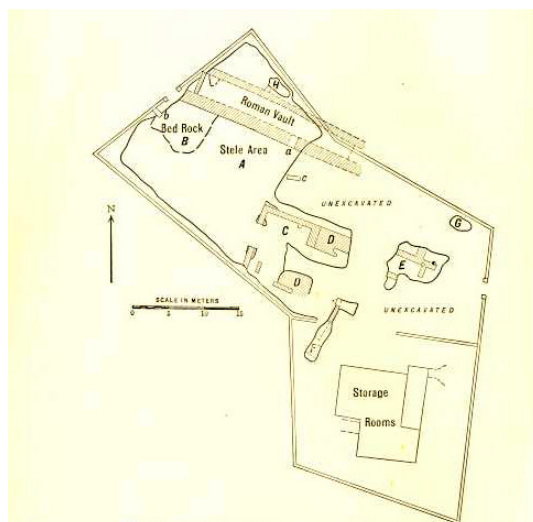


Fig. 12. Plano de los sondeos realizados en 1925 (Kelsey, 1926).

se repasaban las descripciones, dimensiones y lugar de hallazgo de las cerámicas (Khun de Prorok, 2004a: 93-94).

6. Las excavaciones del Comité franco-americano

La estudiosa que mejor ha analizado las exploraciones de 1925 es Hélène Bénichou-Safar (1995: 107-118; 2004: 13-18), en un intento de reconstruir el tofet de Salammbô. A la hora de localizar las estelas salidas a la luz entonces, su investigación en los archivos del Kelsey Museum, a pesar de su innegable utilidad, tropezaron con que en el diario unificado Enoch Peterson se preocupaba por anotar descripciones y dimensiones de las urnas halladas, pero sin ponerlas en relación con las estelas y betilos bajo las cuales yacían; tampoco clasificó de manera adecuada su relación con las fotografías correspondientes, y al no haberse localizado un plano general al que continuamente hacía referencia, las aclaraciones topográficas del lugar de descubrimiento de las piezas, aunque perfectamente referenciadas en un sistema de coordenadas, resultan inútiles (Bénichou-Safar, 1995: 112; 2004: 14).

La falta de importantes datos no impide entender algunas generalidades de la misión franco-americana ni de sus resultados. De los diversos sondeos practicados, sobresale al noroeste del yacimiento la trinchera de unos 22 x 7 ms. aproximadamente que siguió el recorrido de un ambiente abovedado de época romana atribuido a las subestructuras de una villa o de una edificación espaciosa, al parecer afectada por un importante incendio, que Chabot fechó en el siglo III



Fig. 13. Tofet de Cartago. A la izquierda, la estructura abovedada de época romana. Fotografía de Jorge García Sánchez.

d.C. (Chabot, 1925: 179; NYT, 1925f) (Figs. 12 y 13). Una segunda estructura acabada en bóveda -de una serie de ellas, con toda probabilidad- corría paralela a la anterior, pero penetraba en la parcela contigua, en donde el Comité carecía de permiso de excavación. La parte superior de la fábrica había surgido a algo menos de un metro de profundidad respecto al nivel del suelo, y ya se había descubierto y vaciado de tierra parcialmente un sección al noreste antes de 1925: ahora Kelsey perforó una abertura en ella, y encontró que entre sus paredes, a un nivel correspondiente con el estrato de estelas del exterior, se habían conservado los monumentos votivos púnicos que remataban el enterramiento en urnas cinerarias. Así que decidió dejarlas a modo de una exposición permanente de estelas allí dentro, protegidas de los elementos, y practicar un ingreso en el muro sur para facilitar la visita a este “museo púnico” que todavía hoy subsiste (Kelsey, 1926: 34-36, 42-43; NYT, 1925f) (Fig. 14).

Obviando las lagunas en la catalogación señalados arriba, en sus acertados planteamientos metodológicos, la actuación del Comité en el santuario de Tanit manifiesta un cientificismo modélico en una excavación del periodo de entreguerras (Talalay y Alcock, 2006: 21). A diferencia de Poinssot y Lantier (1923: 7, lám. II), más interesados en las vistas generales de la trinchera, o en retratar los monumentos púnicos, Kelsey empleó la fotografía²⁰ también con la

²⁰ Tanto las de su libro de 1926 como las de la publicación de Donald B. Harden (1927) las había



Fig. 14. Interior de la bóveda romana (“Museo púnico”). Fotografía de Jorge García Sánchez.

intención de diferenciar los estratos, de hacer comprender la composición y el color de sus materiales, de subrayar la relación de las urnas y los marcadores de tumbas con su contexto estratigráfico e incluso de patentizar las alteraciones en la posición de las piezas causadas por la intervención arqueológica, todo ello por supuesto igualmente reflejado por escrito (Kelsey, 1926: 4, fig. 2, 18, fig. 8, 21, fig. 9, 43, fig. 21, 44, fig. 22; Fumadó, 2009: 109). El estrato superior del tofet se reveló asaz perturbado por las construcciones imperiales -entre ellas, un posible templo consagrado a Saturno, identificado a partir de una inscripción que portaba el nombre de Baal Saturno-, que aprovecharon la piedra existente in situ y provocaron la destrucción de numerosas urnas. En el inferior, que apoyaba sobre el sustrato rocoso, la dificultad de la excavación estribaba en la incesante filtración de agua que los arqueólogos necesitaron drenar mediante bombas, y el consiguiente peligro que la humedad acarrearba para la integridad de la cerámica de los recipientes (Khun de Prorok, 2004a: 50, 69). Ninguno de estos impedimentos imposibilitó que se llevara a cabo una revisión de la propuesta de la sucesión estratigráfica de los sondeos precedentes de 1921-1924 en base a los

obtenido George Robert Swain, fotógrafo de la Near East Research de la Universidad de Michigan. En la Bentley Historical Library de dicha universidad se puede consultar su riquísima colección de fotografías: <http://quod.lib.umich.edu/b/bhlead/umich-bhl-86169?rgn=main;view=text>.



Fig. 15. Byron Khun de Prorok rodeado de urnas procedentes del tofet. Khun de Prorok, *Digging for Lost African Gods* (1926).

últimos materiales encontrados, cuya corrección cronológica dio pie a nuevas fases y adscripciones culturales. Un artículo del abate Chabot (1925: 179) cifraba esos materiales en más de 1.100 urnas cinerarias, y según Horton O'Neill, en el recuento final realizado por Enoch Peterson llegaban a las 1.200, además de 500 estelas y altares, de los cuales pocos se habían movido del yacimiento, y 170 objetos variados (Fig. 15). Un volumen tal de descubrimientos en apenas dos meses explica cualquier veleidad que pudiera poseer la documentación originada por un equipo en el que abundaban los filólogos, los historiadores y los epigrafistas por encima de los arqueólogos.

Los estudios de la cerámica del tofet de un asistente de la Universidad de Aberdeen arrojado por Kelsey, el irlandés Donald B. Harden, desestimaron las



Fig. 16. Estrato Tanit II (Harden, 1927).

cuatro capas de Poinssot y Lantier y fijaron diferentes dataciones para los tres estratos resultantes, Tanit I, II y II (Harden, 1927) (Fig. 16). El inferior coincidía en composición y materiales con el A que expuse en el segundo apartado, y su fecha más lejana se establecía a mediados del siglo VIII a.C. En Tanit II y en III las urnas eran sensiblemente más numerosas (Harden calculó la existencia de hasta seis por m²) y se agrupaban de tres en tres, o de cuatro en cuatro, bajo losas y estelas -y en el II bajo los llamados cipos-trono-, a menudo talladas en forma de templete o altares, y con una inscripción dedicada a Baal-Amón o a Tanit, así como con el símbolo de la diosa grabado desde el siglo V a.C. En tanto que el II se desplegaba entre el 650 y el 350 a.C. y equivalía a grandes rasgos a los antiguos A y B, el III, con evidentes señales de la acción del fuego, coincidía con los momentos de las guerras púnicas y la postrera destrucción de la metrópolis

mediterránea en el 146 a.C. (Kelsey, 1926: 43-46; Harden, 1927: 298-305). La cronología defendida por Harden se ha mantenido intocable prácticamente hasta el día de hoy, salvo intentos de introducir algunas variantes²¹. Por ejemplo, el

²¹ En las excavaciones de Pierre Cintas de 1944 (en la propiedad Hervé, situada al sur del yacimiento en el que se habían concentrado las excavaciones de 1925, atravesando la Rue de Numidie) se

equipo norteamericano que en 1975 le tocó en suerte el tofet durante la campaña de la Unesco subdividió en ocho fases los periodos de Harden (Tanit I 1-3, Tanit II 4-6 y Tanit III 7-8), respetando la tripartición de sus horizontes estratigráficos²². En Tanit II se han dado los únicos cambios más apreciables, ya que se prefiere actualmente hablar de dos subperiodos, a (600-400 a.C.) y b (400-300/250 a.C.), ensanchando los límites temporales de la etapa tanto en su principio como en su final (Lancel, 1994: 228-229 y fig. 134; Docter *et al.*, 2003: 418-419; Stager, 2014: 4-5).

La medida del abate Chabot en lo que atañe a las actividades rituales practicadas en el tofet fue compartida por Kelsey, no obstante a que los lectores norteamericanos se deleitaban con las noticias que *The New York Times* publicaba acerca de los sacrificios sangrientos en los altares de dos divinidades feroces, Moloch y “*the Vampire Venus of Carthage*”, Tanit (NYT, 1925e). La comunicación con la prensa era controlada férreamente por Prorok, quien tendría el acuerdo establecido con el diario neoyorquino de notificarle las primicias de la excavación a través de un enviado especial que acompañó al Comité, compromisos que debían de ser usuales y que asimismo conocemos estipulados en la campaña de Tell el-Amarna conducida por John Pendlebury en 1930 (Chubb, 2001: 125-126). Después del análisis del contenido de treintaiséis urnas Kelsey optó por atenerse a futuros hallazgos arqueológicos en el *temenos* de Tanit antes de dar como válida la hipótesis de la expiación cruenta de niños aún en vida, sospecha que barruntaba hallarse cerca de la realidad (Kelsey, 1926: 49). Su estrecho colaborador Donald Harden (1927: 298) mantuvo una prudencia análoga, y no consideró probado que la iconografía y los textos de las estelas, junto a los restos óseos de los vasos funerarios indicaran a la fuerza que los recién nacidos se inmolaran a los dioses, pero existía esa contingencia.

Así que Prorok no ponía en tela de juicio las recriminaciones de la historiografía romana a las costumbres religiosas cartaginesas, Chabot guardaba silencio y en el medio, Kelsey condescendía con lo que la arqueología dejaba ver, sin pronunciarse con rotundidad. Faltaba menos de una década para que Otto Eissfeldt desmintiera que la palabra *mlk* de los textos bíblicos aludiera a una deidad y preconizase que en hebreo designaba un rito de ofrenda²³ -si bien en el área sirio-palestina y

retomó la propuesta estratigráfica de Poinssot y de Lantier, aceptándose que en diferentes zonas del tofet la imbricación de estratos podía dar lugar a variantes respecto a las fases de Harden. Picard, 1945; Lancel, 1994: 222-223.

²² Las excavaciones norteamericanas dirigidas por Lawrence Stager se efectuaron durante cuatro campañas (1975-1979) y dependieron del Oriental Institute of the University of Chicago y del Harvard Semitic Museum.

²³ En la obra *Molk as Opferbegriff im punischen und hebräischen und das Ende des Gottes Moloch* (Halle, 1935).

mesopotámica se rindió culto a un dios Malik o Molek (Moscati, 1991: 17-20)-, franqueando así la exploración de posibilidades alternativas a la voracidad de Moloch y al fenómeno de los sacrificios humanos; pero ésta ha sido una discusión que se ha desarrollado en fechas más recientes. El debate entre los partidarios del holocausto de los recién nacidos y de niños de corta edad en la civilización púnica de occidente, sistemáticos o no, en vida o ya fenecidos, causados por un deseo racional de control de la natalidad o por estimulaciones devocionales, y los estudiosos que entienden el tofet como una necrópolis infantil, descansa sobre argumentaciones de índole variada respaldadas por las fuentes escritas, la epigrafía, las pruebas arqueológicas, los análisis de laboratorio (osteológicos, histológicos, biométricos...), los datos estadísticos, la elección de muestras adecuadas y el grado de incineración de las mismas, etc... Una problemática demasiado compleja que sobrepasa los objetivos marcados en este artículo. Sin ahondar en exceso, sí hay que advertir de cómo en los años 20' la porosidad de la arqueología a los argumentos filológicos no hacían todavía de la cuestión del tofet una controversia científica plural, opuestamente a lo sucedido en los círculos de los estudios fenicio-púnicos de la década de los 80' (Moscati, 1991: 25-33). La dialéctica alrededor del tofet suscita en la actualidad un exacerbado interés entre los expertos, el cual trasluce en las alegaciones y en las réplicas publicadas por *Antiquity* de 2011 a 2013 de Smith *et al.* (2011; 2013) versus Schwartz *et al.* (2012): para aquéllos, que como resultado del estudio de 325 urnas se observase que los restos enterrados pertenecían principalmente a bebés de uno a un mes y medio de edad, circunstancia que divergía de la lógica que se podría encontrar en enterramientos de cualquier otro yacimiento arqueológico, patentizaba que el tofet era un lugar que hospedaba el sacrificio ritual de niños. En opinión de Schwartz y de sus colegas, en cambio, que los estudios dentales tuvieran como resultado que los restos calcinados correspondían en un 20% a sujetos prenatales, y que los demás eminentemente a niños de entre dos y cinco meses, demostraba que el tofet fue un cementerio para recién nacidos o fetos aún en gestación, independientemente de las causas de su muerte, fuera por el uso del sacrificio o no; sus datos, concluían, se ajustaban a las estadísticas habituales de la mortalidad perinatal de Cartago, Roma y otras metrópolis de la Antigüedad, cuando no a las de las urbes modernas. Hacía tres años que permanecía activa la cuestión cuando Paolo Xella y su equipo quisieron entonces llamar la atención sobre los testimonios literarios, iconográficos y epigráficos que juzgaban soslayados en las publicaciones de esos años, recordando que el carácter de las inscripciones que aparecían en el tofet no era funerario sino votivo, donaciones, consagraciones (*mlk*) u ofrecimientos a Ball-Amón en agradecimiento a una plegaria atendida: las víctimas infantiles entraban dentro de esa categoría de oferta al dios, o a falta de un neonato, por no incurrir en el resentimiento divino, también corderos y carneros (Xella *et al.*, 2013). A modo de epílogo historiográfico, concluiré apuntando que

la irresolución de un debate de esta magnitud ha inducido a que se dirija la mirada de los menores hacia los otros agentes implicados, en definitiva los dedicantes, las urbes y la sociedad púnica, visión que acrecienta los márgenes interpretativos del significado de un centro religioso obviamente fundamental en las ciudades del oeste mediterráneo. Las comunidades púnicas habrían creado a través de él una estrategia religiosa original capaz de asegurar su futuro, la protección del panteón local y la preservación de su identidad en un contexto colonial, sin que por ello las influencias helenísticas, o el cosmopolitismo cultural de las élites, no resquebrajaran con el correr de los siglos los lazos con la madre patria, de lo que aporta testimonio inequívoco la evolución de las tradiciones iconográficas de las estelas votivas del tofet (Bonnet, 2011: 383; Crawley Quinn, 2011).

7. El final de las excavaciones

El 6 de mayo de 1925 el Comité concluyó la sesión de excavaciones por ese año, por la imposibilidad de prorrogarlos en un clima tan cálido como el tunecino. Clémentine Gutron (2010: 92) sostiene que Prorok y los americanos fueron víctimas de las rivalidades científicas internacionales, y que las maquinaciones de la Administración francesa por reservarse en Cartago un “coto de caza” arqueológico privativo sabotearon la misión. La campaña llegó a término en el momento en que se tenía previsto, pero es cierto que para entonces las relaciones con el *Service des Antiquités de Tunisie* se habían enrarecido. A mediados del mes de abril Poinssot protagonizó una discusión subida de tono con Kelsey, Chabot y Stoever, según parece engendrada porque el Comité había sobrepasado en algún punto los límites espaciales de la propiedad adquirida (Griffiths Pedley, 2012: 340). Dos cartas repletas de acusaciones dirigidas por Poinssot a Kelsey agravaron la situación (Hurst, 1997: 517). Pero, en contraste con la opinión de Gutron, Lucien Saint, residente general francés destacado en Túnez, se puso de parte de los arqueólogos extranjeros y solicitó a Chabot que elaborara un informe secreto concerniente al trato que Poinssot había dispensado en esos meses al Comité. Y a más datos, en homenaje a la actividad arqueológica efectuada esa primavera, el Gobierno francés concedió palmas de la Academia a varios miembros y promotores de la expedición cartaginesa: de oro, a Prorok -a quien se calificaba de “cabeza” de la empresa-, a su suegro William F. Kenny y al senador de Otawa; a Stoever, entre otros, de plata. Kelsey recibió asimismo una condecoración (NYT, 1925g).

Utilizar el término impreciso de Administración o Gobierno de Francia en una posesión colonial, y en materia de política cultural, como hace Clémentine Gutron, cuanto menos puede originar ambigüedades. Anatole de Monzie, *ministre de l'instruction publique et des Beaux-Arts*, entregó en mano a Prorok los

galardones a fin de que los distribuyera entre sus compañeros; a Kelsey le procuró su condecoración el propio *ministre des Finances*, Joseph Caillaux, a su paso por Washington. Desde esta perspectiva, al Comité no se le interpusieron trabas desde el Gobierno de la Tercera República, ni de los representantes políticos del Protectorado tunecino, sino que existieron determinadas fricciones con el *Service des Antiquités de Tunisie*. Una de ellas fue la negativa a que extrajeran del país norteafricano urnas para examinar su contenido en los laboratorios estadounidenses, aunque los estudiosos americanos supieron saltarse esta prevención, pues algunas muestras se remitieron a las universidades de McGill y de Michigan (Griffiths Pedley, 2012: 343; Universty of Michigan, 2015). En la campaña de 1924 a Prorok no le afectó esta restricción, dado que en una charla impartida en la Universidad de Rochester en enero de 1925 enseñó a los asistentes una serie de urnas del santuario con su contenido, una de las cuales donó a la institución (MacLean, 1925: 81). A título personal, Khun de Prorok hubo de sufrir algún tipo de desencuentro con Poinssot, si no durante las excavaciones de Cartago y de Útica, al menos sí en sus exploraciones submarinas en la isla de Djerba. Los rotativos locales airearon las desavenencias surgidas entre el conde y el *Service des Antiquités*, las cuáles debieron de hacerse tan notorias como para que se calificara esta discordia de “Cuarta Guerra Púnica” (Anón., 1925). Prorok sólo diría al respecto que en el transcurso de sus labores en el Comité fue acusado de buscar petróleo y que los diarios esparcieron el rumor de que estaba intrigando para liberar Túnez de Francia (Khun de Prorok, 1942: 43); ambas afirmaciones quizá reflejen dificultades surgidas con las autoridades militares tunecinas además de con el *Service*, similares a las que se plantearon acerca de su identidad con el Gobierno general de Argelia poco después, a finales de 1925²⁴. Para entonces, el conde, no siempre partidario de respetar las regulaciones arqueológicas, había desplazado sus intereses hacia el Sáhara argelino, precisamente para huir del encorsetamiento de las direcciones de antigüedades coloniales (Khun de Prorok, 2004b: 6).

Aunque en muchos aspectos no se sintió satisfecha, la expedición americana cumplió con la pretensión primordial de evaluar si las condiciones de trabajo en Túnez justificaban que los arqueólogos estadounidenses, aliados con sus colegas franceses, programaran excavaciones dilatadas durante años en sitios de potencial interés arqueológico de Cartago. Kelsey, teniendo en mente las complicaciones burocráticas, los precios que alcanzaban los lotes de tierra (a un dólar el metro

²⁴ Me comunica el investigador de la UCM Sergio España Chamorro, que ha consultado los documentos microfilmados conservados en la Universidad de la Manouba, que en ellos se observa la relativa preocupación existente en Túnez respecto a Prorok. Un informe catalogado como confidencial pone en duda los datos que se conocían del conde, le adscriben un origen israelita, niega cualquier parentesco con el escritor Byron (cuento que Prorok debía de esparcir) y muestra recelo en general hacia sus intenciones, sin dejar entrever directamente las razones de esta sospecha.

cuadrado), y otras experiencias vividas en primera persona en Cartago, redactó cinco puntos que tendrían que cumplirse para hacer ventajosa una misión permanente allí: básicamente, el Gobierno francés debería fiscalizar el área entera de la antigua población, expropiando los terrenos y prohibiendo gradualmente el levantamiento de nuevas construcciones. A partir de ahí, promovería un sondeo metódico que previera los yacimientos con mejores posibilidades para ser excavados. Un concepto bastante moderno que Kelsey introducía radicaba en la conversión de Cartago en un parque arqueológico (idea lanzada también por Prorok en su yacimiento de la colina de Juno), cuya afluencia de visitantes retroalimentaría la inauguración de nuevas excavaciones y el mantenimiento del conjunto abierto al público. Que iniciativas privadas como la del Comité ejecutaran este plan quedaba fuera de toda cuestión, en vista de la extensión del yacimiento y del costoso valor de las parcelas; pero si Francia asumía esa responsabilidad, organizaciones científicas extranjeras cooperarían con placer en investigaciones de objetivos limitados, como había acaecido en el tofet (Kelsey, 1926: 25-26; NYT, 1925h).

Kelsey no volvió a desempeñar su profesión en Túnez, si bien tentaciones no le faltaron: la Académie des Beaux-Arts de París le imploró que no desistiera de regresar a Cartago, y William Kenny le ofreció 30.000 dólares si decidía que la Universidad de Michigan perseverara en sus excavaciones allí, más movido por el propósito de hacer feliz a su hija Alice (la esposa de Prorok; éste mantuvo reuniones con Kelsey en 1926 para persuadirle de comprar parcelas que excavar en la capital púnica con el dinero de su suegro) que por convencimiento personal (Griffiths Pedley, 2012: 350-352). Pero el profesor americano había tomado ya la decisión de desistir de Cartago hasta que no se hiciera realidad el escenario que había expuesto en sus cinco enunciados. Así que se volcó sobre sus excavaciones en Karanis (Egipto), y a pesar de las duras invectivas que se vertieron sobre Prorok desde la Universidad de Michigan a causa de su mala reputación científica y personal, Kelsey lo incluyó en su equipo (Gazda, 2004: 1-7; Talalay y Alcock, 2006: 16-19). Los gastos del conde, ni que decir tiene, los sufragaba su suegro. Enseguida, en 1927, falleció Kelsey. Y en 1935, el Comité franco-americano no quiso renunciar a hacer acto de presencia en la siguiente campaña emprendida por el padre Lapeyre en el santuario de Tanit, por lo cual la cofinanció junto a la Académie des Inscriptions et Belles-Lettres (Lapeyre, 1939: 294-300). La sección del otro lado del Atlántico, sin embargo, no tuvo representación.

8. A modo de conclusión: la maldición de Tanit, retrato del conde de Prorok

En dos artículos he delinado la personalidad y las iniciativas profesionales de Byron Khun de Prorok en un enclave capital de la historia del Mediterráneo

antiguo. El conde fue un hombre de variados talentos: hábil pintor, de escritura ágil y amena, un comunicador nato, de oratoria cautivante, capaz de llevar a la realidad proyectos inimaginables y de embarcar en ellos a todo género de personas, desde magnates a doctos epigrafistas. La arqueología constituyó un medio en el que sobrevivió con cierto éxito, como podría haberlo hecho en cualquier otro. Alonzo Pond, un antropólogo que lo acompañó en una exploración de estudios prehistóricos y etnológicos en el sur de Argelia, escribió que apenas poseía entrenamiento metodológico y que su obsesión por los artefactos inducía a que descuidase los procedimientos de documentación arqueológica (Pond, 2003: 174). Por las excavaciones en las que con un mayor o menor rol dominante concurrió en Cartago, sabemos que este juicio nos es del todo veraz. Sí lo es que la de Cartago, y seguidamente la de Karanis, figuran como las últimas misiones en las que confraternizó con el mundo académico. Luego llegarían sus aventuras visionarias, la búsqueda de la reina blanca, madre de la raza tuareg, en el Sáhara, donde situaba además el continente perdido de la Atlántida; el saqueo de tumbas egipcias en Siwa, sus lances con tribus indias entre ruinas precolombinas, su divulgación del supuesto descubrimiento de las minas del país de Ophir en Etiopía, los viajes al reino de Saba...

Prorok encontró su verdadera vocación en transmitir al público la cara menos formal de la arqueología; su concepción de la disciplina consistió en esclarecer misterios históricos y en llevar a cabo descubrimientos espectaculares en parajes exóticos, que traducidos en formato de atractivas monografías y de artículos ligeros, o de disertaciones públicas, los ofrecía como un producto de entretenimiento para el consumo de masas. Los censores de sus libros, de hecho, vendían la imagen del explorador-arqueólogo -de mayor tirón comercial-, y los anuncios de sus conferencias no lo mostraban como un arqueólogo, sino como un “*conférencier américain d’archéologie*” (Anónimo, 1934).

En el caso del tofet de Cartago que nos ha ocupado en este trabajo, el conde de Prorok rentabilizó durante años una vivencia arqueológica tan singular, casi única en la carrera de un arqueólogo. Las revistas populares se hicieron eco enseguida de su teoría de una Cartago egipcia antecesora de la colonia fenicia (Wheeler, 1925: 37), y en aras de que los lectores se identificasen con la cultura cuyos rasgos narraba, apreció concomitancias entre la urbe anibálica y la Chicago de preguerra (Khun de Porok, 1937). En los años en que los periódicos hallaron un filón pregonando en sus titulares que la repentina muerte de Lord Carnarvon (4 de abril de 1923), de su hermano y de otros individuos presentes durante la apertura de la tumba de Tutankhamon se debía a una maldición milenaria, Prorok forjó su particular leyenda de la maldición del santuario de Tanit. Su primera mención periodística relataba que en la campaña de 1924, el descubrimiento de una inscripción que bajo la advocación Ball-Amón condenaba a quien desplazara

de lugar la lápida²⁵, había desencadenado no sólo una huelga entre los operarios árabes, sino que un tal monsieur Groselle, director del Museo (¿Lavigerie?), removiendo la losa de su lugar, se hubiese precipitado dentro de la trinchera, hiriéndose la cabeza en su caída (Reed, 1924b). En 1926 el conde ampliaba esta información: la apodada “piedra de la maldición”, al ser descifrada en voz alta por Chabot, y coreada por el capataz en lengua árabe, había provocado un enorme revuelo en el yacimiento, y que los obreros exigieran el pago de un franco extra al día para volver a coger las herramientas. El gerente del museo incluso había recibido una agresión directa de Tanit, al caerle sobre la cabeza un busto con la efigie de la diosa (Khun de Prorok, 2004a: 71-72). En un artículo que vio la luz en 1939 los acontecimientos se agravaban sobremedida (Khun de Prorok, 1939): la maléfica estela, rescatada en un campo de 6.000 urnas contenedoras de los vestigios de los recién nacidos inmolados a Moloch, habría sido la causante de la súbita defunción de Robert Lansing, Secretario de Estado norteamericano, dos días después del hallazgo (en realidad Lansing falleció el 30 de octubre de 1928), y al día siguiente de Mitchell Carroll, secretario del *Archaeological Institute of America* (quien expiró el 3 de marzo de 1925), ambos miembros directivos del Comité. También el apreciado amigo de Prorok, el príncipe de Waldeck, miembro del equipo original que excavó en Cartago a las órdenes del conde, desaparecido en 1923, habría sucumbido a la maldición de las vengativas divinidades púnicas... un año antes de que se desenterrara la estela. El conde había salvado la vida sólo por un azar del destino, al evitar por escasos segundos que le cayera encima un bloque de piedra desprendido de la bóveda romana del tofet.

Prorok pintó así un santuario de Tanit recóndito y oscuro, a la par que conceptualmente comprensible, para deleite de sus admiradores en Europa y Norteamérica, que daba cabida a ladrones de tumbas, traficantes de antigüedades, sectas fanáticas, liturgias primitivas y nativos codiciosos (Khun de Prorok, 2004: 63-75). En sus escritos agregó los asesinatos rituales de niños, la ferocidad de Moloch y de Tanit y el hedonismo decadente de la civilización púnica a ese repertorio cultural del Oriente familiar a la mentalidad europea, poblado por un rico imaginario que comprendía a Cleopatra, Saba, la Esfinge, Babilonia, el Edén o Sodoma y Gomorra (Said, 2003: 63). Lo que Said bien ha discernido como una representación teatral que encierra todo el misterio del Oriente alumbrado desde la mentalidad occidental.

²⁵ Su descubrimiento, junto al de otras inscripciones, fue comunicado a la *Académie des Inscriptions et Belles-Lettres* en la reunión del 13 de junio de 1924. Chabot, 1924b.

Bibliografía

- ANDRAE, W. (2010): *Memorias de un arqueólogo. Viajes y descubrimientos alemanes en Babilonia y Asiria*. La Coruña: Ediciones del Viento.
- ANÓNIMO (1924a): “Nouvelles géographiques”. *La Géographie*, XLI, 1, janvier, pp. 218-228.
- (1924b): “Orient. De Carthage à Byblos”. *Bulletin de l’art ancien et moderne*, 704, janvier, p. 22.
- (1925): “Echos. La quatrième guerre punique”. *L’Avenir de Souk-Ahras*, 250, 18 Octobre, p. 2.
- (1934): “La Mission Prorok”. *Le Courrier d’Éthiopie*, 19^{me} année, 22, 16 Mars, p. 5.
- BÉNICHOU-SAFAR, H. (1995): “Les fouilles du tophet de Salammbô à Carthage (première partie)”. *Antiquités africaines*, 31, pp. 81-199.
- (2004): *Le Tophet de Salammbô à Carthage. Essai de reconstitution*. Rome: EFR.
- BERTRAND, L. (1921): *Les villes d’or. Algérie et Tunisie romaines*. Paris: Arthème Fayard & C^{ie} éditeurs.
- BONNET, C. (2011): “On Gods and Earth. The Tophet and the Construction of a New Identity in Punic Carthage”. En E. S. Gruen (ed.), *Cultural Identity in the Ancient Mediterranean*. Los Angeles: Getty Research Institute, pp. 373-387.
- BRUEHL, E. (1997-2000): “To the Lady Tanit, Face of Ba’al, and to Our Lord Ba’al Hammon: The Kelsey Squeezes from the 1925 Excavation in the Sanctuary of Tanit at Carthage”. *Bulletin. The University of Michigan Museums of Art and Archaeology*, XII, pp. 42-71.
- CAGNAT, R. (1922a): “Séance du 13 janvier”. *CRAI*, 66e année, 1, pp. 20-40.
- (1922b): “Séance de la Commission de l’Afrique du nord. 14 novembre 1922”. *BCTH*, pp. clxxiii-clxxxv.
- CHABOT, J.-B. (1922a): “Séance 27 janvier”. *CRAI*, 66e année, 1, pp. 43-44.
- (1922b): “Séance du 3 février”. *CRAI*, 66e année, 1, pp. 47-49.
- (1922c): “Note sur une inscription punique de Carthage”. *CRAI*, 66e année, 1, pp. 112-114.
- (1924a): “Académie des Inscriptions et Belles-Lettres. Communications”. *Journal des savants*, 22e année, juillet-août, pp. 188-190.
- (1924b): “Séance du 13 juin”. *CRAI*, 68e année, 3, pp. 192-193.
- (1925): “Séance du 3 juillet”. *CRAI*, 69e année, 3, pp. 179-180.
- (1953): “Contributions à l’épigraphie et à l’archéologie carthaginoises”. *BCTH* 1946-1949, pp. 393-397.
- CHATEAUBRIAND, F.-R. DE (1982): *De Paris à Jérusalem*. Barcelona: Laertes.

- CHUBB, M. (1999): *City in the Sand*. London: Libri Publications Limited.
- (2001): *Nefertiti Lived Here*. London: Libri Publications Limited.
- CRAWLEY QUINN, J. (2011): “The Cultures of the Tophet. Identification and Identity in the Phoenician Diaspora”. En E. S. Gruen (ed.), *Cultural Identity in the Ancient Mediterranean*. Los Angeles: Getty Research Institute, pp. 388-413.
- DÍAZ-ANDREU, M. (2007): *A World History of Nineteenth-Century Archaeology. Nationalism, Colonialism, and the Past*. Oxford y New York: Oxford University Press.
- DOCTER, R. F., SMITS, E., HAKBIJ, T., STUIJTS, I. L. M. y PLICHT, J. VAN DER (2003): “Interdisciplinary research on urns from the Carthaginian Tophet and their contents”. *Palaeohistoria*, 43-44, 2001/2002, pp. 417-433.
- DOLIVEAUX, H. (1925): “Rapport du directeur général à M. Le Résident général sur le fonctionnement du Service en 1924”. *Bulletin officiel de la Direction générale de l’instruction publique et des beaux-arts*, pp. 392-415.
- DUSSAUD, R. (1922): “Trente-huit textes puniques provenant du sanctuaire des ports à Carthage”. *BCTH*, pp. 243-260.
- EYDOUX, H.-P. (1962): *L’histoire arrachée à la terre*. Paris: Fayard.
- FANTAR, M. H. (1976): “Introduction”. En P. Bartoloni, *Le stele arcaiche del tofet di Cartagine*. Roma: CNR, pp. 13-17.
- FLAUBERT, G. (1996): *Salambò*. Milano: Gulliver.
- (2014): *Correspondance: Nouvelle édition augmentée*. Saint Julien en Genevois: Aversa éditions.
- FLINDERS PETRIE, W. M. (2012): *Ten years’ digging in Egypt 1881-1891*. Menfis: General Books LLCsm.
- FUMADÓ ORTEGA, I. (2009): *Cartago. Historia de la investigación*. Madrid: CSIC-EEHAR.
- GAZDA, E. K. (2004): *Karanis. An Egyptian Town in Roman Times*. Ann Arbor: Kelsey Museum of Archaeology.
- GRAN-AYMERICH, E. (2007): *Les chercheurs de passé 1798-1945. Aux sources de l’archéologie*. Paris: CNRS.
- GRIFFITHS PEDLEY, J. (2012): *The Life and Work of Francis Willey Kelsey. Archaeology, Antiquity, and the Arts*. Ann Arbor: The University of Michigan Press.
- GUTRON, C. (2008): “La mémoire de Carthage en chantier: les fouilles du tophet Salammbô et la question des sacrifices d’enfants”. *L’Année du Magreb*, IV, pp. 45-65.
- (2010): *L’archéologie en Tunisie (XIX^e-XX^e siècles). Jeux généalogiques sur l’Antiquité*. Paris: Karthala.
- HARDEN, D. B. (1927): “Punic urns from the precinct of Tanit at Carthage”. *AJA*, XXXI, 1, pp. 297-310.

- HOURS-MIEDAN, M. (1951): “Les représentations figurées sur les stèles de Carthage”. *Cahiers de Byrsa*, I, pp. 15-160.
- HURST, J. G. (1997): “Donald Benjamin Harden 1901-1994”. *Proceedings of the British Academy*, 94, pp. 513-539.
- JAUBERT DE BÉNAE, J. (1923): “Les Sacrifices humains à Carthage”. *Le Gaulois*, 16619, 5 avril, p. 3.
- KELSEY, F. W. (1926): *Excavations at Carthage. A preliminary report*. New York-London: The MacMillan Company.
- KHUN DE PROROK, B. (1923): *Fouilles à Carthage*. Paris: Imprimerie Nationale.
- (1924): “Recent Researches on the Peninsula of Carthage”. *The Geographical Journal*, 63(3), pp. 177-187.
- (1925a): “Seeking Africa’s lost glories”. *The New York Times*, March, 8, p. 1.
- (1925b): “Ancient Trade Routes from Carthage into the Sahara”. *Geographical Review*, 15, 2, pp. 190-205.
- (1926): “The excavations of the Sanctuary of Tanit at Carthage”. *Annual Report of the Board of Regents of The Smithsonian Institution*, 1925, pp. 569-574.
- (1929): *Mysterious Sahara. The Land of Gold, of Sand, and of Ruin*. Chicago: The Reilly & Lee. Co.
- (1937): “Carthage-Chicago of Antiquity”. *The Rotarian*, March, p. 45.
- (1939): “Des cités féeriques disparues... 6.000 enfants brûlés vifs”. *Le Journal*, 17093, 8 août, p. 2.
- (1942): *Dead Men do Tell Tales*. New York: Creative Age Press, Inc.
- (2004a): *Digging for Lost African Gods. Five Years Archaeological Excavation in North Africa*. Santa Barbara: The Narrative Press.
- (2004b): *In Quest of Lost Worlds. Five Archaeological Expeditions 1925-1934*. Santa Barbara: The Narrative Press.
- LANCEL, S. (1994): *Cartago*. Barcelona: Crítica.
- (2002): “Dépôt aux archives de l’Académie des “Cahiers” de François Icard”. *CRAI*, 146e année, 1, pp. 7-9.
- LAPEYRE, G.-G. (1939): “Les fouilles du Musée Lavigerie a Carthage de 1935 a 1939”. *CRAI*, 83e année, 3, pp. 294-304.
- LE COQ (1923): “Les Échos”. *Le Gaulois*, 16845, 18 novembre, p. 1.
- LEDOS, E.-G. (1924): “Chronique générale”. *Revue des questions historiques*, CI, 1er juillet, pp. 402-414.
- MACLEAN, R. A. (1925): “Modern Attack on Ancient Carthage Is Headed by Rochester Alumnus”. *Rochester Alumni Review*, III, 3, February-March, pp. 80-81.
- MALLOWAN, M. (2010): *Mallowan’s Memoirs. Agatha and the Archaeologist*. London: HarperCollins Publishers.

- MOSCATI, S. (1991): *Gli adoratori di Moloch. Indagini su un celebre rito cartaginese*. Milano: Editoriale Jaca Book SpA.
- NYT= THE NEW YORK TIMES (1922): “Explorer to lecture on ruins of Carthage”. *The New York Times*, December 1, p. 7.
- (1923a): “Digging Up Old Carthage”. *The New York Times*, January 14, pp. 11 y 14.
- (1923b): “Sunken gallery of old Carthage”. *The New York Times*, June 3, p. 7.
- (1925a): “Forum of Carthage is being excavated”. *The New York Times*, March 31, p. 23.
- (1925b): “End excavating in Carthage ruins”. *The New York Times*, May 15, p. 2.
- (1925c): “Resumes digging in Carthage site”. *The New York Times*, February 28, p. 4
- (1925d): “Americans ready to dig at Carthage”. *The New York Times*, March 6, p. 13.
- (1925e): “Find seven tablets of old Carthage”. *The New York Times*, March 22, p. 1.
- (1925f): “Roman vault found in Punic Temple”. *The New York Times*, May 6, p. 4.
- (1925g): “De Prorok and Aids Honored for Research in Carthage”. *The New York Times*, September 20, p. 1.
- (1925h): “Finds Rome Failed to Level Carthage”. *The New York Times*, December 31, p. 7.
- (1926): “De Prorok Shows films”. *The New York Times*, February 18, p. 2.
- PALLARY, P. (1922): “Note sur les débris osseux trouvés dans le sanctuaire de Tanit à Salammbô, près Carthage”. *BCTH*, pp. 223-226.
- PICARD, G. (1945): “Le sanctuaire dit de Tanit à Carthage”. *CRAI*, 89e année, 3, pp. 443-452.
- POINSSOT, L. y LANTIER, R. (1922): “Stèles carthaginoises”. *CRAI*, 66e année, 1, pp. 107-111.
- (1923): *Un sanctuaire de Tanit a Carthage*. Paris: Editions Ernest Leroux.
- POND, A. W. (2003): *Veiled Men, Red Tents, and Black Mountains. The Lost Tomb of Queen Tin Hinan*. Santa Barbara: The Narrative Press.
- REED, A. (1924a): “Science ferrets out Carthage’s secrets”. *The New York Times*, October 26, p. 5.
- REED, A. (1924b): “«Curse» still hovers over Carthage”. *The New York Times*, November 9, pp. 4-5.
- SAID, E. W. (2003): *Orientalism*. London: Penguin Books.
- SAYADI, S. (2007): *Carthage 1895-1930 à travers les cartes postales*. Tunisie: ALIF - Les éditions de la Méditerranée.

- SCHWARTZ, J. H., HOUGHTON, F. D., BONDIOLI, L. y MACCHIARELLI, R. (2012): "Bones, teeth, and estimating age of perinates: Carthaginian infant sacrifice revisited". *Antiquity*, 86, January, pp. 738-745.
- SMITH, P., AVISHAI, G., GREENE, J. A. y STAGER, L. E. (2011): "Aging cremated infants: the problem of sacrifice at the Tophet of Carthage". *Antiquity*, 85, January, pp. 859-874.
- SMITH, P., STAGER, L. E., GREENE, J. A. y AVISHAI, G. (2013): "Age estimations attest to infant sacrifice at the Carthage Tophet". *Antiquity*, 87, December, pp. 1191-1199.
- STAGER, L. (2014): *Rites of Spring in the Carthaginian Tophet*. Leiden: The BABESCH Foundation.
- TALALAY, L. E., y ALCOCK, S. E. (2006): *In the Field. The Archaeological Expeditions of the Kelsey Museum*. Ann Arbor: Kelsey Museum of Archaeology.
- TRIGGER, B. G. (2008): *A History of Archaeological Thought*. New York: Cambridge University Press (2ª ed.).
- UNIVERSITY OF MICHIGAN (2015): *Horton O'Neil in North Africa, 1924-1925*. Disponible en: <http://www.umich.edu/~kelseydb/Exhibits/HO/Sources.html#let19250311> [consultado el 07 de julio de 2015].
- VASSEL, E. (1924): "Les enseignements du sanctuaire punique de Carthage". *Revue Archéologique*, XX, juillet-décembre, pp. 233-236.
- WHEELER, E. C. (1925): "Digging through the Ages for the Lost Atlantis". *Popular Science*, August, pp. 36-37 y 111.
- WOOLLEY, C. L. (1937): *Digging up the Past*. London: Penguin Books.
- WOOLLEY, C. L. (2007): *Ciudades muertas y hombres vivos. Aventuras en las ciudades sepultadas del mundo antiguo*. La Coruña: Ediciones del Viento.
- XELLA, P., QUINN, J., MELCHIORRI, V. y VAN DOMMELLEN, P. (2013): "Cemetery or sacrifice? Infant burials at the Carthage Tophet". *Antiquity*, 87, December, pp. 1199-207.